

El Último Aquelarre conocido de Hararé

Alejandro Vega Carvajal



Capítulo 1

En alguna ocasión en el pueblo de Hararé los habitantes vivieron una etapa oscura y tenebrosa. El pueblo parecía envuelto en una atmósfera medieval. Todas las tardes de todos los días se enjuiciaban mujeres por el delito de brujería. Cada una de ellas debía pagar una multa considerable, teniendo en cuenta la situación económica de los habitantes de la región y de las pocas posibilidades ofrecidas a la población femenina. A pesar de que siempre ingresó dinero al gobierno por las multas de este delito, Hararé permanecía en una pobreza sin alivio. En ese entonces era un pueblo desdichado. Pero eso fue hace mucho tiempo. De todas formas aún conserva algunas de sus viejas usanzas. Pero brujas pocas. Los antiguos aquelarres en las laderas y montañas que asustaban a niños y acongojaban a grandes, se fueron extinguiendo. Las flamas invocatorias se fueron apagando. Los vientos mortecinos dejaron de volar, al igual que las cribas. No se volvieron a ver cribas rondando en el firmamento. Poco a poco la brujería se convirtió en una historia para niños, pero incluso hasta ellos descreían de tales cuentos.

Karina no respire tan profundo, susurró Emilse. Karina estaba adolorida. Trataba de mover un brazo pero el dolor se lo impedía. Se acomodó y en voz baja le preguntó a Emilse dónde se encontraban. En un patio, hemos caído en un solar. No respire tan duro que nos encuentran. Pero el brazo sangraba y no soportaba el dolor. Se encendió una lámpara y salió un hombre armado en busca de quién se había entrometido en el patio de su casa. Pero encontró a las dos mujeres, a Karina y a Emilse desnudas. Y como las conocía de saludo, después de una sonrisa, intentó preguntarles qué hacían en su terreno. Sin embargo hablar con ellas fue complicado, él no entendió ni una sola palabra de lo que dijeron y las tomó por locas. Emilse trató de explicarse. Le contó acerca de una canasta voladora que las arrojó allí. Como no dio más detalles, Alcides, el patrón de la casa, llamó a las autoridades para que se las llevaran. Karina le preguntó a Emilse hacia dónde las conducían envueltas en esas cobijas y esposadas, luego trató de saber cómo habían llegado a esa casa y si esos hombres que las recogieron iban a hacer algo por su brazo roto. Obtuvo un silencio como respuesta. Emilse se encontraba retraída. Trataba de hilar los hechos, pero era imposible concentrarse en tal momento y con los constantes resoplos de dolor de su compañera. Así que en la cárcel los guardias las separaron. Emilse fue llevada al calabozo y Karina a la enfermería. Recibieron vestimenta y luego de un par de días se reencontraron. Un fiscal las interrogó pero obtuvo poca información. Una contaba pocas cosas y de manera fragmentada y la otra se limitaba a hacer gestos de dolor y a susurrarle al oído a su compañera. Las separaron y las interrogaron de nuevo. A Emilse primero: volamos en una criba desde la montaña y caímos en el patio de don Alcides. En la montaña nos reunimos desde muy temprano en la mañana, tomamos algunas copas de vino y cantamos y reímos un buen rato. Armamos las

carpas y seguimos bebiendo, pero como anocheció tan de repente nos quedamos a dormir. Sí, todas éramos mujeres, pero ellas bajaron al pueblo de noche, menos mi compañera y yo. Estábamos ebrias y decidimos dormir en la carpa y bajar al día siguiente. Sin embargo, la canasta..., la canasta nos arrojó. Luego intentaron con Karina y nada le entendieron. Pensaban que era tartamuda. Luego concluyeron que hablaba otro idioma. Sin embargo los que la conocían desde antes de este hecho confuso, no entendían porque resultó hablando de este modo misterioso. Algunos decían que era una voz de cementerio, de ultratumba. Estos hechos confusos fueron informados al juez. Luego ante él llegaron las dos mujeres. Las condenaron a pagar la multa. Emilse insistía en la canasta que las arrojó y Karina a duras maneras lograba emitir algo parecido a un gorjeo. El juez, conmovido, tomó la decisión de enviarlas a consulta psiquiátrica. Arguyó que estas mujeres respondían de manera incoherente a pesar de su delito comprobado. La brujería, dijo, se comprueba con hechos contundentes. Los testigos los demuestran. A pesar de que invadieron terreno privado, lo importante es cómo llegaron ahí, sin cruzar puerta ni ventanas e insistir en una criba voladora que las arrojó. Según la vieja usanza del pueblo trataban de encontrar una justificación lógica a tal evento. Sólo lograban enredar el asunto, el cómo de los sucesos. La sentencia de todos modos era la misma. En muchas ocasiones atribuían esta falta de pruebas a las mismas prácticas hechiceras. Si tan solo supiéramos con certeza cómo van de un lado a otro, se preguntaba constantemente el juez, acabaríamos con este movimiento satánico. Pero en realidad no eran tantas las brujas. Las hubo hace muchos años cuando, según como el juez solía pensar, las telecomunicaciones no eran tan poderosas y ellas podían operar con mayor facilidad. Sin embargo, ellas poseen una técnica más poderosa, el hecho de ir de un lado a otro sin ser vistas supera a cualquier medio de comunicación. Tomó otra decisión. Debía conversar con ellas. Entender sus métodos y procederes. Le resultó imposible como a quienes las interrogaron. No había forma de entenderlas. Todo cuanto decía Emilse carecía de lógica. Y Karina, ni hablar.

Eran las últimas brujas conocidas de Hararé. Merecían trato especial a pesar de cometer tamaño delito. Poseían el conocimiento ancestral y gran parte de la historia del pueblo. Debían ser escuchadas así no hablaran. Les realizaron exámenes médicos. Las llevaron a terapia psiquiátrica.

Emilse borró todo recuerdo de su encuentro demoníaco. Pero Karina le recordó aquella noche. El encuentro pasional que sostuvo con una imagen fantasmagórica cuando entró rompiendo la carpa y de inmediato las abrazó a ambas. La imagen, sulfurosa y cachonda, lamió su cuerpo sudoroso, la revolcó sobre los trozos de carpa y amó a Karina. Emilse se negaba a continuar escuchando. Karina hizo caso omiso y también le recordó cuando la imagen demoníaca prefirió penetrarla a ella y hablarle de cerca. Le recordó su afán por que la poseyera también y sus desmesurados gritos mientras se desnudaba y arrojaba la ropa por el

barranco esperando a ser amada con mayor intensidad. Sólo logró algunas miradas lascivas de la imagen pero ni una caricia. La mirada sicalíptica del demonio se concentraba en una única mujer. Karina le contó cómo la abrasó el fuego venusino tan anhelado y en el ardor y crepitar del movimiento trató de gritar mientras sentía quemar su lengua cuando tocaba la de la figura.

Emilse contó todo lo acontecido al psiquiatra. También la parte en que la criba las recogió y las soltó por los aires. A él le resultó complicado tal asunto dentro de su fe, sin embargo para su ciencia fue sencillo. Estas mujeres fueron escuchadas. A su manera escuchadas. El relato llegó a muchos oídos y así culminó el último aquelarre conocido en Hararé. De boca en boca culminó. Extendiéndose a lo largo de la historia. Hasta que el último poblador decidiera no narrar con sus palabras por qué las brujas existen cuando todos hablan de ellas.

Esta historia inverosímil resultó de una noticia extraña publicada en un diario. Titulada Brujas se someten a examen mental en... la moraleja también resulta inverosímil: mientras más te informes, menos existes. La información anula la capacidad de ser. Desconfía aún más si una bruja aparece disfrazada con el título de asesor psiquiátrico.

(texto publicado en la revista Pensamiento y Palabra del municipio de Envigado).